

edia, una
os conoci-
zadas opi-
nencia,

Calados para
ortina nú-
mero 22.

ado y con
lo tan se-
so; ador-
el estilo y
a que tan-
tor; enri-
enso cau-
bertenen
licion uni-
ente al de
o también
bles defi-
s que re-
nocimien-
formarla,
s hasta el
supera en
a de estilo
aria para
osamente
lo, desde
tores. En
la mucha
go, latin,

núm. 44.
r el revers,
59.)

en el es-
amanga,
a de oro.

S

A GRASSI
deventa
nistra-
ORREO
ODA.

arracion
en Ma-
provin-

e agua.
rs. en
n pro-



Directora: ANGELA GRASSI DE CUENCA

Núm. 41 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | Madrid 2 Noviembre 1880. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXX

SUMARIO. — Revista de modas, por Joaquina Balmaseda. — Trajes de invierno: Vestido con cuerpo paletot. — Traje para señora. Traje para niña. — Peinado de moda. — Peinado con peineta higiénica. — Peinado con corona de trenzas. — Esclavina para teatro. — Esclavina de bellotas de oro sobre fondo de tul. — Pañuelo de punto para traje de calle. — Cuerpo paletot de punto. — Trajes para niñas: Vestido con cordones. — Vestido de cachemir con el delantero fruncido. — Vestido con cuerpo paletot para señorita. — Vestido con paletot para señora. — Trajes para paseo. — Vestido con cuerpo-casaca. — Vestido con cuerpo de petos. — Abrigo para salir

das de mañana y días de lluvia. — Sombreros de invierno: Sombrero Restauración. — Sombrero Longueville. — Sombrero Toinon. — Charpe de malla para la cabeza. — Entredos bordado en tul. — Cenefa bordada al pasado. — LITERATURA: Efectos de la educación, por Antonio María Flores. — La niña errante, poesía, por Manuel M. Fernández. — El hijo de la pena, poesía, por J. A. Pérez Bonalde. — La cuna, por L. Decaisne. — La paloma del diluvio, por Angela Grassi. — Explicación de la magnífica lámina de confecciones. — Charada. — Explicación del figurín 1.430.

REVISTA DE MODAS.

La vida del invierno ha principiado ya con toda su animación: teatros y salones resplandecen con millares de luces, repetidas en sus espejos y arabescos de oro; torrentes de armonía ó conceptos de escogida literatura sirven de pretexto para que exhiban sus galas las hermosas; y los carruajes se cruzan y confunden en el Parque; y los paseos más modestos se ven animados por numerosa concurrencia. La vida del otoño es la vida grata de la corte, cuando se disfrutan todos los placeres del invierno, sin necesidad de envolvernos en pieles para afrontar los rigores de la estación, ni de hacer un sacrificio al trasladarse de la chimenea al teatro. Los trajes de invierno van haciendo poco á poco su aparición, y alternando con las casacas de punto, prenda que ha conseguido el favor de la moda, sin duda por lo bien que se modela al cuerpo, se admiran ya los vestidos de madras, de cuadros ó de cenefas, que constituyen el adorno, ó de cachemir, lisos, con trencillas de oro: en este gusto he podido admirar un modelo llegado de París, de cachemir Thibet, verde-oscuro, con cenefas oro viejo: la falda, redonda, lleva volante plegado con cenefa oro viejo y un paño en punta forma de lantera sobre el volante, y otro paño bullonado, muy estrecho en el centro de atrás: redingot igual, cerrado por delante, torcido, y con sola una solapa, y abierto desde el término de los botones sobre la falda: los paños de adelante van añadidos como los de las casacas, y por detras se corta entero como un paletot, abriéndose también en la costura del centro para que luzcan los bullonados de la falda: triple cuello con cenefa oro viejo cada uno; adorno que se reproduce todo alrededor del paletot, mangas y carteras de bolsillo; es un vestido severo y elegante, que deberá completarse con sombrero de felpa verde ó negro y adornos granate ó oro viejo.

La costumbre bien entendida de salir á la calle siempre de oscuro, da cada día más importancia á los vestidos negros, y la faya y el raso, el cachemir y la felpa,



1 Á 3. TRAJES DE INVIERNO.

1. Vestido con cuerpo paletot para niña.

2. Traje para señora.

3. Traje para niña.

los tejidos ingleses con el frapé en rayas, hacen vestidos de un gusto exquisito para calle. He visto uno con todo el delantero alternado de plegados de faya y guarniciones á picos de pasamanería con fleco y azabaches, que es un modelo de elegancia: por detras no llevaba más que un paño ligeramente bullonado. Es digno de recomendarse también como traje de calle el modelo núm. 14 de este número de EL CORREO, así como el 28, ambos llenos

pañuelos de la mano, y otros accesorios que pertenecen también al ramo de lencería, han venido caprichos de mucho gusto: pañuelos bordados de colores con hilos que aquí no se hallan todavía con facilidad, corbatas de tul y gasa con encajes amarillos, que les dan cierto aspecto de respetable antigüedad, lo mismo que las golas, que son preferidas las que tienen un poco de color á las enteramente blancas, que no favorecen al rostro.

de elegante sencillez. Algunos trajes han venido con el complemento de la capucha, que puede ser admisible para traje de mañana y paseo, pero nunca para visitas ni teatros: se han visto no obstante algunas felices combinaciones de cachemir con adornos de foulard escocés, y forrada la capucha de lo mismo, que daba por resultado un bello conjunto; pero la capucha es más indispensable para el abrigo, sea de cachemir, paño inglés ó punto: la casaca de punto con capucha que presenta este número, está ya comprendida en el número de los abrigos.

La elegancia de la ropa interior ha llegado á su apogeo y cada vez hay en ella más refinamiento de gusto. Las enaguas de franela fina con bordados de colores y pantalon y chambra igual, son muy bellas; hay también enaguas de raso granate forradas de oro viejo con plissé de raso de este color ó tira de felpa del mismo, y he visto en el equipo de una novia una enagua de franela heliotropo con plissé al borde de raso del mismo color y tres órdenes de encaje encima, cada uno un junquillo de raso á la pegadura: habia en el mismo equipo, donde se veían refinamientos de lujo y riqueza, un juego completo desde la camisa, enagua y matinee todo de surah azul pálido con encajes, y otros juegos de franelas finas como la seda con bordados en blanco y en colores. Por fortuna no hay necesidad de tales extremos para ser elegante, y enaguas de franela sencillas, con algun bordado, otras de seda negra con un encaje blanco, y varias blancas con bordados á la inglesa, que son los económicos por su gran resistencia, bastan á formar el equipo de una mujer elegante. En corbatas, golas,

Aún es pronto para hablar de trajes de baile, pero dícese que los contrastes en telas y colores serán la base de estos vestidos: el tul y la gasa, alternando con tiras de felpa y de terciopelo, bordadas con sedas y cuentas de cristal y perlas, parece que serán la novedad, y tengo á la vista un modelo de vestido para baile, cuya falda lleva toda la parte de adelante alternada de plegados de tul color de trigo tostado y tiras ondeadas de felpa granate oscuro, con cuentas de su mismo color tornasoladas: ya se comprende que este adorno exige ser colocado sobre una falda de seda ó raso en el color del tul, que puede asomar en un plissé por debajo, advirtiendo que lo mismo alternarán las faldas de cola que las redondas para baile, y casi éstas con preferencia para las jovencitas que bailan: justo es ir hermanando la comodidad con la elegancia.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

1. *Vestido con cuerpo-paletot para niña.*—El vestido es de lana marron y color de oro de mezcla: la falda lleva dos plegados de 14 cents. de altura, figurando una falda inferior, y la de encima recogida en pouf y guarnecida de trencillas de oro. El cuerpo-paletot lleva vuelo en las costuras de la aldeta y cierra por delante con dos carreras de botones, guarneciéndose, lo mismo que el cuello-esclavina, con trencillas de oro. Sombrero de fieltro con echarpe de felpa y rosas.

2. *Vestido para señora.*—La falda de este vestido, redondo, es de cachemir color de ciruela, con dos volantes en el bajo y frunces en la delantera: la túnica se abre por delante y se recoge hácia atrás, sin más adorno que un jareton estrecho á espunte. *Visita* de felpa negra con grandes mangas forradas de seda y fleco de felpilla y azabache. Sombrero de fieltro con fleco de azabache.

3. *Vestido con paletot para niña.*—Es de lana lisa y á cuadros, con falda lisa terminada por volante á tablas y paletot-túnica de tela de cuadros, con bieses, cuello y ribete de raso igual al cuadro: un cinturón Médis ajustado el paletot y cierra en el escote por un cordón terminado por herretes de metal: el cinturón forma peto ancho por delante y por detrás. Sombrero de castor con cintas de raso.

4 Y 5. PEINADOS.

El primero va sostenido por el peine higiénico, y los cabellos de atrás y de adelante se peinan juntos, dejando el centro de ellos para afianzar el peine y formando con todos los demas una trenza figurada y sostenida por horquillas. Con este peinado se disimulan bien los postizos.

El segundo exige raya longitudinal, y despues los cabellos divididos en otras dos partes, haciéndose una trenza con cada una, que se levanta en corona despues de formar por detras una lazada: el pelo de adelante se llevan los cabos hácia atrás á formar un retorcido, entrelazando lazos de cinta con el peinado. Si el cabello es corto, pueden las trenzas de la corona ser postizas.

6, 7, 19 Y 20. ESCLAVINAS PARA TEATRO.

6 y 19. *Esclavina de punto.*—Córtase lo primero el patron y se hace de punto de media, á punto comun de faja con agujas muy gruesas y trencilla de seda en vez de hilo, el fondo que se va ajustando á la medida del patron para lo cual se principia con 122 puntos por abajo, se hacen 33 vueltas menguando un punto en cada una al final, y luego en las últimas vueltas se mengua de vez en cuando para el escote, sobrecargando por fin los puntos. Como las agujas y las trencillas pueden ser más ó menos gruesas, es lo mejor guiarse por el patron más que por el número de puntos. Este fondo va casi cubierto por dos encajes, y por abajo y al escote guarnecido de un fleco anudado que muestra el núm. 19: una ruche de encaje al escote y una rosa la terminan. Nuestra esclavina es de trencilla rosa y blanca, alternando una vuelta de cada color, con los flecos de ambos colores, pudiendo igualmente hacerse en negro.

7 y 20. *Esclavina con bellotas doradas sobre tul.*—Córtase esta esclavina de tul negro, de 21 cents. de largo por delante, 23 por detras y 138 de ancho, con

dos pliegues en el hombro que la ciñen del escote, éste va guarnecido de una ruche de encaje y todo el fichú cubierto de órdenes de encajes y flecos de bellotas doradas pendientes de trencilla como indica el modelo número 9.

8. PAÑUELO DE PUNTO.

Materiales: 30 gramos de lana negra.

Este pañuelo, cuadrado, tiene 155 cents. por cada lado y se compone de tiras de crochet de horquilla formando entredoses separados por cinco vueltas de puntos con cadeneta, labor ya conocida en los pañuelos de pita ó pelo de cabra que se vienen haciendo de algun tiempo á esta parte: la horquilla, de madera ó metal, debe ser de 9 centímetros de ancho, y despues de hecho el crochet de horquilla, al unirle, se cogen diez presillas juntas, se les da una vuelta y se saca el punto por su centro, adornando las vueltas lisas y la puntilla óvalos de la misma lana, sacando el punto por su centro.

9. CUERPO PALETOT DE PUNTO.

Los cuerpos de puntos que se creyeron prenda de poco éxito se han generalizado, y hoy ofrecemos en el mismo gusto un modelo de paletot con capucha forrada de raso. Es prenda que corresponde lo mismo á traje de calle que traje de teatro ó salón de confianza: nuestro modelo tiene sólo cuatro pedazos, que se ejecutan por patron. Estas casacas no admiten más adorno que un cuello y vueltas, que se bordan de oro, y la capucha se hace en dos pedazos, que se juntan por una costura, forrándola de raso encarnado ó azul.

10. ENTREDOS BORDADO EN TUL.

Es propio para corbatas de gasa y tul, bordándose con seda de color ó con hilo plata.

11 Á 13. TRAJES PAPA NIÑAS.

11 y 12. *Vestido con cordones.*—Es de forma princesa, está presentado por delante y por detras, y le termina un volante de 20 cents. con vivo de raso, y bieses del mismo forman plaston por delante al lado de los botones: la espalda termina en dos tablas adornadas de cordón, y bellotas de azabache, y cordón igual adorna el cuello y vueltas de manga.

13. *Vestido escotado.*—Es de cachemir gris y cierra por detras con botones imitación de perlas: la falda lleva un volante plegado, cuya cabeza cubre un echarpe de raso anudado á un lado, y por delante el vestido forma plaston bullonado del mismo raso: un volante de raso plegado y mangas cortas bullonadas completan el vestido, que debe ponerse sobre una camiseta interior con mangas de cachemir ó franela blanca bordada de color.

14. CENEFA ESTRECHA.

Es un bordado propio para delantales, cuello y vestidos de niños, y se ejecuta lo mismo sobre blanco que sobre color con seda ó con algodón de colores.

15. VESTIDO CON CUERPO DE ALDETA.

Es propio para paseo en el entretiempo, y para él se emplea cualquiera de los tejidos que han venido propios de la estacion; ó de cenefas en el género llamado de pañuelos: el fondo del nuestro es marron con la cenefa más clara y adorno de raso de este color: el cuerpo es más corto de las caderas y lleva rayas á los lados de los botones. La falda termina con tres volantes ruches de 6 centímetros, de lana el primero y tercero, y de raso el del centro, y encima uno de cenefas muy poco fruncido, cortado con abanicos de pliegues de raso. La túnica es un paño al hilo de 113 cents. de ancho por 115 de vuelo recogido hácia atrás en pouf,

16 Y 29. VESTIDO CON PALETOT.

Un plegado de lana de 60 cents. de ancho, y sujeto con un espunte á 6 cents. de altura figura la falda, que deja asomar por abajo un plegado de raso de algunos centímetros: la drapería que forma la túnica es muy corta, y el cuerpo-paletot cierra con dos carreras de botones y abre la aldeta, completando el cuerpo un doble cuello-solapa que muestra el núm. 29.

17 Y 18. TRAJES PARA PASEO.

17. *Vestido con cuerpo-casaca.*—Dos plegados a-

chos guarnecen la falda, de lana azul marino, sobre la cual se recoge la túnica con cordones y herretes de plata: el cuerpo, brochado en el mismo color, es muy ajustado; cierra con dos órdenes de botones, y lleva la aldeta añadida y formando un ligero panier. Sombrero de felpa con pluma.

18. *Vestido con cuerpo de petos.*—Es de cachemir gris ceniza; la falda, con plegados orillados de bies de raso, y la túnica, guarnecida de otro plegado igual: el cuerpo, de postillon, cruza por delante en solapa-chal y con dos petos: la vuelta es de raso, como el lazo que la termina. Sombrero de castor con pluma.

21 Á 24. SOMBREROS DE INVIERNO.

21. *Sombrero LONGUEVILLE.*—El fondo es de surah, de cuadros, y el ala de terciopelo, guarneciéndole drapería de surah y plumas de dos tonos en los colores de las rayas.

22 y 23. *Sombrero RESTAURACION.*—Es de forma capota, de terciopelo malva, bullonado, y el ala forrada de rasc heliotropo; un grupo de pensamientos, de distintos tonos y bridas de raso, le completan.

24. *Sombrero TOINON.*—Es de forma un tanto excéntrica, con su gran fondo y poca ala, cubierto de felpa, y el fondo de nutria: el adorno es de foulard de cuadros, con broche á un lado y bridas de foulard liso.

25. ECHARPE DE MALLA.

Es abrigo para salida de teatro: tiene el fondo de malla 160 cents. de largo por 42 de ancho, forrado de una gasa de seda, y bordada la malla á zurcido ó punto mate, del que daremos algun modelo en el próximo número; la malla puede hacerse en blanco, bordada con colores; pero el modelo antiguo de donde lo hemos tomado es carmesí, bordado con sedas de colores y oro. El efecto es rico y elegante.

26 Y 27. ABRIGO PARA DIAS DE LLUVIA.

El croquis, de tamaño reducido, núm. 27, indica con números el tamaño del abrigo, que cierra por delante hasta abajo cubriendo el traje. Es de cheviot, de cuadros, forrado el cuerpo de franela y la espalda plegada, como indica el grabado: el cinturón tiene 6 cents. de ancho y cierra con un botón en la espalda y con troche por delante: cuello y vueltas de la misma tela. Sombrero de castor negro con cintas de faya.

28. CRÓQUIS DE UN ABRIGO.

Es de un modelo de talma, de cuadros, que se ofrecerá en el número inmediato.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



EFFECTOS DE LA EDUCACION.

VI.

Era la una de la tarde del apacible día siguiente, hora en que nuestras dos jóvenes se paseaban en el jardín de Rosa,—por una de las calles que formaban los frondosos árboles, cuyas espesas copas impedían que los rayos del sol penetrasen en aquel delicioso y aromático paseo.

La conversacion de las dos amigas era muy animada. —Rosita, ya ves cómo cumplí lo que ayer te he ofrecido,—dijo Juana con arrogancia.

—¿En todas sus partes como te lo encargue?

—Muy lata y significativa es tu pregunta.

—Veo que eres algo maliciosilla

—Sin embargo; yo te agradezco infinito que hayas venido una hora ántes de....

—Complacerte te ofrecí; mi palabra cumplo, interrumpió Juana.

—Por lo que me felicito, amiga mía.

Si así sucede con lo que tanto encargado te tengo, carecerá de límites mi alegría.

Por esto te pregunté si en todas sus partes.

Al decirte que eres algo maliciosilla, fué en tono de broma por la manera con que pronunciaste la palabra «lata y significativa».

—Variando de conversacion, ¿sabes que la fragancia con que las camelias, jazmines, tulipanes, mirtos, jacin-
tos y rosas nos obsequian es demasiado fuertes?

—Razon tienes, Juanita: retirémonos de estos perfumes que, aunque muy suaves y sumamente agradables, pueden causarnos algun trastorno.

Vamos al cenador del laberinto, en el que podremos hablar sin que persona alguna nos oiga.

Nuestras jóvenes se retiraron del paseo, y fijándose colores y su en los colores de las distintas flores que á su paso encontraban, se dirigieron al punto designado por Rosa.

—Rosita, exclamó Juana, tú que entiendes mucho de significacion, dime algo sobre el particular. Me sugieren esa idea la variedad y el subido color de estas flores.

—Con singular placer te diré lo que sepa.

Si no me engaño, el color verde indica esperanza, el azul celos, el amarillo es signo de gloria, el blanco significa candor, el escarlata dice pasion, el encarnado demuestra alegría, el negro manifiesta luto....

—Muy bien Rosita, muy bien, interrumpió Juana.

—Hemos llegado: estamos solas; la interrumpida conversacion de ayer, continuar podemos.

Debemos decir á nuestras amables lectoras, que los padres de Rosa—sin ser vistos ni oídos de las dos amigas—las siguieron, y colocándose en un paraje á propósito, oyeron toda su conversacion.

—Antes de proseguir, continuó Rosa, deseo saber si entregaste la carta á tu señora mamá.

—Se la entregué.

—¿Qué te dijo despues de haberla leído?

—Sin desdoblarla, la guardó en el bolsillo.

—¿Es raro que la curiosidad!.... Juana no es franca, porque la verdad me oculta: no entregó el pliego: se lo conozco en el semblante y en el modo de decirlo—dijo Rosa en su interior, y continuó:—¿No hizo ningun movimiento ni notaste ninguna variacion en su semblante, ni te....

—Ni lo más mínimo—interrumpió Juana algo turbada y con el aplomo que le fué posible.

—Lo dicho, Juana me engaña, ó mejor dicho, se engaña á sí misma—se dijo Rosa—y con bastante ironía se dirigió á su miga, diciendo:

—Perfectamente comprendo... bien; poco ó nada importa. De memoria sé el contenido.

Siéntate y escúchame, Juanita.

Te dije ayer que con la carta á la vistate haria ver lo que, en buena lógica, de sus líneas se desprende; y que pues que la carta no tenemos, la suplirá mi buena memoria.

Paso por alto las palabras con que la misiva principiá, porque son hijas de la calenturienta imaginacion de un jóven que él mismo se quema en la que titula llama que el corazon arroja; pero en la presente ocasion ten entendido que es una llama ficticia, llama que no pasa de ser una palabra vana.

Tambien omito lo de «reina de la hermosura» con que hipócritamente te engalana, sin que por esto quiera yo decir que eres fea; nada de esto, primero, porque si tal dijera, no sería cierto, pues que eres bastante hermosa.

—¿Adulacion á estas horas, Rosita?

—No sé adular á nadie: me precio de decir siempre lo que siento, la verdad.

—Gracias.

—Te he dicho que no eres fea, y ahora te digo, que aunque verdaderamente lo fueras, para mí no lo serías porque soy tu amiga.

En la amistad sucede casi lo mismo que lo que tiene lugar en los padres respecto de la hermosura, gracia, talento y habilidad de sus hijos, por feos, ignorantes y estúpidos que sean.

Sea cualquiera la posicion social del sujeto en cuestion, tu principal hermosura, para él, son las riquezas que tus padres poseen.

Igualmente prescindo de otros varios extremos de la carta, por razones que tú misma comprendes, y que por su estilo no deben tomarse en consideracion.

De lo que no prescindo, porque prescindir no se puede—porque no se debe,—es de lo referente á la cita que te pide para poderte hablar á solas, sin testigos.

¿Sabes lo que esto significa, lo que tal peticion quiere decir? Juanita.

Pues no es más ni ménos que el desprestigio primero, la deshonor despues, y más tarde la muerte moral—y hasta la física—de la mujer que dice amarla de corazon, con toda su alma.

Esta peticion es como un trabucazo á quema ropa, como vulgarmente se dice.

La única contestacion que, en mi juicio, esta carta merece, es reducirla á pavesas, relegando á su autor al más soberano desprecio.

—Mi querido Arturo, ¿qué te parece de nuestra hija Rosa? exclamó doña Petra al oído de su marido.

—Que es una prenda de inmenso valor, mi adorada Petra.

—Es un ángel en forma humana, un ángel que el cielo nos ha dado.

¿Qué juicio tiene! ¿Con qué formalidad y aplomo habla!

¿Cuánto tino y prudencia en sus palabras y en sus buenos consejos!

Parece una vieja dotada de gran moralidad, de una vasta instruccion, y de mucha experiencia.

¿Verdad que debemos estar muy contentos y satisfechos por tener una hija tan buena, tan inteligente y de juicio tanto, esposo mío?

—Sí; es una gran verdad.

—¿Hija de mi alma! ¿Me la comería á besos!—exclamó doña Petra con entusiasmo.

—Petra, no cometas alguna indiscrecion; guarda silencio y oigamos.

—Razon tienes. Conviene que no se aperciban que estamos aquí.

Oigamos lo que hablan, pues proseguirá siendo de mucho interes en todos sentidos considerado.

—Dime, Juanita, ¿conoces al que te mandó la carta?

¿Sabes quién es, á qué familia pertenece y de donde es natural?

—Todo lo ignoro.

—En tal caso, debiste devolverle la carta bajo un sobre.

Yo que tanto te aprecio, te aconsejo que sin dilacion se la remitas.

Advierte que cada momento que en tu poder la conserves, es un grave delito que cometes.

Así como puede ser de un jóven honrado, puede muy bien serlo de un malévolo.

Si al contenido de la carta nos atenemos, opino que está muy lejos de ser lo primero.

Ten presente, y no lo olvides nunca, que la dignidad y el honor de una mujer se empañan con la más leve mancha; mancha que jamás desaparece, porque no hay composicion química que conseguirlo pueda.

¿Me ofreces devolver, sin la menor dilacion esa carta que tanto tu dignidad ofende?

—Te lo prometo.

—Si así lo haces, cumplirás con un deber que dirá mucho en tu favor.

Debes comprender que si aspiraciones dignas el tal sujeto tuviera, muy diferente sería su lenguaje escrito.

Concedo que un hombre se dirija á una mujer con el laudable fin de explorar el estado de su corazon para luego, si está libre, dirigirse á sus padres ó déudos, manifestándoles sus aspiraciones; pero lo que concederse no puede, es la admision de proposiciones denigrantes como la que en esa carta se te hacen.

Te aconsejo que para en lo sucesivo, siempre que alguien te escriba, sin romper el lema corre á entregar el pliego á tus padres para que, como más conocedores que tú, y muy interesados por ellos y por tí, obren con la debida prudencia.

Ten muy en cuenta que de no hacerlo así, faltarás á tu deber ademas de exponerte á fatales consecuencias.

—Rosita, me parece que exajeraras demasiado las cosas pintándolas con los más negros colores—dijo Juana con incomodidad y soberbia.

ANTONIO M. FLORES.

(Se continuará).

LA NIÑA ERRANTE.

EN LA MUERTE DE CÁRMEN FOMBONA.

—¿Adónde vas, dulce niña, tan trémula y d. solada, llena de acerbos congojas y el rostro bañado en lágrimas?

—Voy en pos de un sér querido, que era el alma de mi alma: salí de casa y no ha vuelto... ¡No ha vuelto más á su casa! ¡Pobre madre! ¿Dónde has ido? ¿Dónde estás, madre adorada?

Mi hermana se fué con ella un día al lucir el alba... ¡Pobre hermana de mi vida! ¡Era tan buena mi hermana! Las llamo y no me responden, y doloridas las plantas, sigo buscándolas, sigo, porque al fin he de encontrarlas.

Y se internó en la espesura el rostro bañado en lágrimas, lanzando tristes gemidos que conmovian el alma! Y cayó cual flor marchita que inclina el soplo del aire; mas al subir á los cielos vió cumplida su esperanza.

Quaira, Mayo de 1880.

MANUEL M. FERNANDEZ.

EL HIJO DE LA PENA.

(DEL ALEMAN.)

Cabe la margen fria de un arroyuelo, en soñadora calma, la Pena estaba un día; y en medio de los vagos pensamientos que agitaban su alma, jugando con la tierra humedecida, modeló, distraída, la figura de un niño... Acercóse á la diosa el Rey del cielo, y con voz de cariño:

—¿Qué haces, pregúntola, «pensativa Deidad, tan triste y sola?»
—«Mira, y oye mi ruego,» le contesta la Diosa de las lágrimas, «de lodo han formado, Señor, mis manos esta imagen;—tú, que todo lo puedes, dale aliento y espíritu, y calor, y pensamiento!»...
—«Cúmplase tu deseo: viva!» dijo Júpiter poderoso, «y desde ahora esa criatura es mía!»
—«No me arrebatas, no, mi pobre hijo,» con suplicante voz la Pena implora, «tú sabes, ¡oh Señor! que lo he formado con maternal cuidado»...
—«Y yo le di el calor de la existencia sin lo cual solo fuera inerte lodo!»

Hablaban de ese modo cuando llegó la Tierra y dijo:—«Es mío, á mí me pertenece, pues se formó ese niño de la sustancia que mi seno encierra!»...
—«¡Esperad!» dice Jove, «allí aparece un Juez que todo lo decide:—Vedlo!»... Y se acercó Saturno, y contemplando al niño disputado, habló de esta manera:—«Poseedlo todos á vuestro turno; así lo ha decretado en sus hondos arcanos el Destino!... Tú, po'eroso Dios, que lo animaste, toma, al morir, su espíritu divino; tú, Tierra, sus despojos ve á recoger entre la tumba oscura cuando el sueño eternal cierre sus ojos; y tú, su madre ¡oh Pena! consérvale á tu lado mientras dura en él la ardiente llama de la vida!... Ese es tu hijo, y de congojas llena, la existencia, cual tú, llevará unida al rudo sufrimiento hasta rendir el postrimer aliento!»...

Fué el hombre aquella hechura, y á la letra cumpliése el fallo adverso: en vida, pertenece á la amargura, muerto, á la tierra impura, y espíritu, al que rige el universo!

J. A. PEREZ BONALDE.



4. Peinado con peineta higiénica.

LA CUNA.

Ese nido de besos, ese espejo de sonrisas, ese manantial de infinitas ternuras, donde las madres vierten todo su corazón y toda su alma, ese eje de la vida doméstica que abraza todas las alegrías y todas las esperanzas y también las más mortales angustias, ha sido cantado por todos los poetas del mundo.

Pero dejemos á un lado á la loca de la casa, y digamos algo acerca de la higiene de la cuna.

Los griegos designaban la cuna con un nombre que significa buque, á causa de la forma que le daban. También la llamaban *van*, porque se servían algunas veces de una criba (*vannus*) persuadidos de que la criba era una señal de riqueza.

La Laponia no tiene más que un objeto de arte, ha dicho Michelet: la cuna, donde se han refugiado el lujo y la poesía del pobre lapon, Madame D'Aunet en el *Viaje de una mujer al Spitzberg*, nos ha hecho

la descripción de dicho mueble, el cual tiene algo de traje y de nido. Construido de madera ligera y cubierto de cuero, ofrece la forma de un zapato redondo por la punta; la capota se halla también redondeada en la parte que corresponde á la cabeza del niño, y le protege sin incomodarlo.

Durante las largas cacerías en que la laponia sigue á su esposo, sujeta aquella á su espalda esta cuna que no la fatiga, y cuando la caravana hace alto la cuelga convenientemente en un árbol, de modo que el niño, balanceado por su propio movimiento, no nota que su madre no le lleva ya sobre sus hombros.

Por lo demás, como dice M. Foussagrives, desde el cesto de mimbre de los aldeanos, hasta esas suntuosas cunas que las capitales ofrecen á los recién nacidos de estirpe real y en las que el arte agota todos sus caprichos y el lujo todos sus ex-

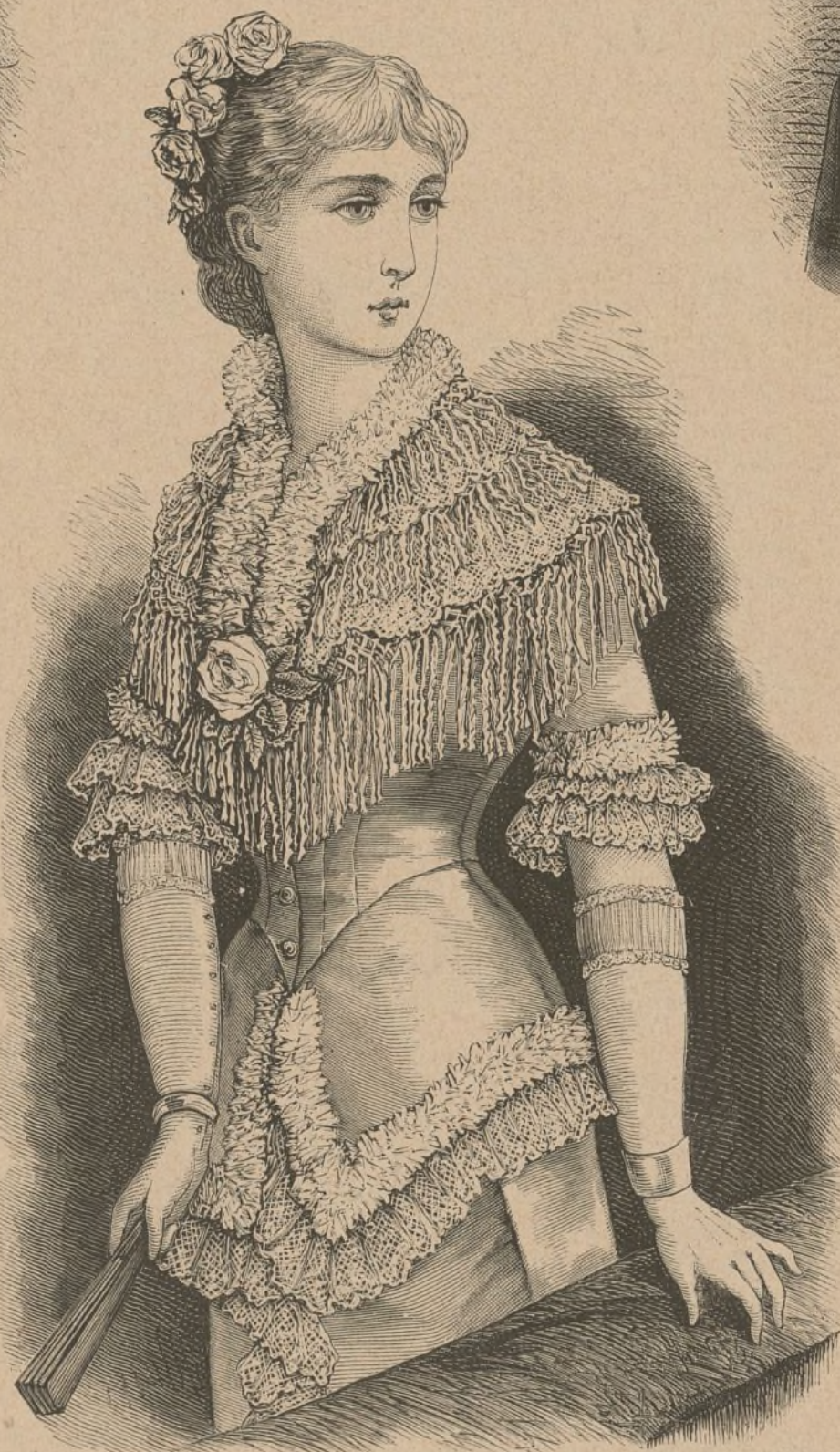


5. Peinado de trenzas.

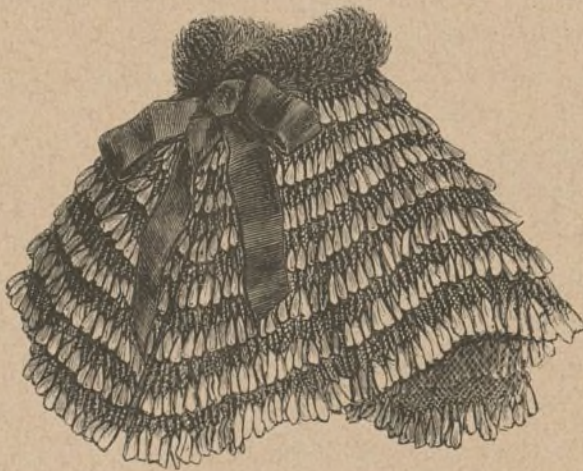
plendores, existe una variedad infinita. Pero esta es una cuestión de elegancia y no de higiene.

Veamos, pues, qué condiciones debe reunir una buena cuna.

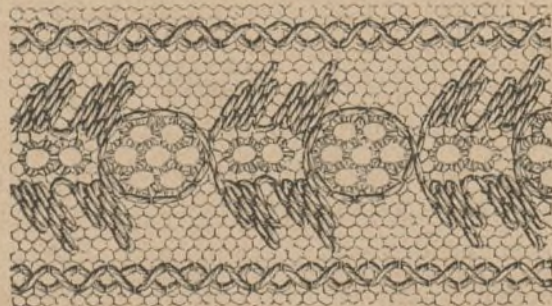
Ante todo es preciso proscribir, sin contemplaciones de ningún género, esas cunas tan comunes en el campo, en las cuales los niños se hallan como aprisionados y envenenados por los miasmas deletéreos de las deposiciones. Se ven asaltados allí por los insectos, y es muy difícil que puedan estar cuidados con la limpieza que el caso requiere. Son preferibles los enrejados de mimbre ó las cunas de varillas. La cuna debe estar cubierta con cortinas de muselina ó de una tela ligera que pueda ser levantada fácilmente. La madre no debe cubrir jamás la cuna con los cortinajes de su propia cama, como sucede con frecuencia, á fin de no hacer respirar al niño un aire ya viciado ni hacer



6. Esclavina para teatro. (Véase el núm. 19.)



7. Esclavina con bellotas doradas sobre tul. (Véase el núm. 20.)



10. Entredos bordado en tul



8. Pañuelo de punto.



9. Cuerpo paletot de punto

CORREO DE LA MODA.



Trage para niña

Vestido con cuerpo levita

Vestido adornado de cenefas

Vestido con túnica echarpe

Trage y abrigo Maria Cristina

Vestido con paletot largo

Trage y abrigo Moscovita

Vestido adornado de flecos

ADMON. MONTERA, 11, MADRID.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Nº 610

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

que perman
de haberle d
á que pued
hijo de sus
debe ser col
hallarse sie
metro, cuan
tuarla, ade
ventanas y
sicion y á
el niño no p
mirar atrav
Para evita
necesario q
chimenea,
ventana abi

Segun la
cos que se l
de la infan
practicarse
materia:

Uno ó do
saco de te



avena sec
brezo fin
y tienen
que prod
secar los
renovará

No del
telas enc
los jergo
mo útil e
gmejor
y expon
piel del
escoriaci

La alm
semejant

Algun
hacen co
cunas b
agua ca
de evita
cien na
transicio
do bruse
al frio e
donan e
terno, p
olvidars

que permanezca en su lecho despues de haberle dado el pecho, por temor á que pueda dormirse y ahogar el hijo de sus entrañas. La cuna no debe ser colocada en el suelo, y ha de hallarse siempre á la altura de un metro, cuando ménos. Es preciso situarla, ademas con relacion á las ventanas y á la lámpara, en una posicion y á una distancia tales, que el niño no pueda contraer el vicio de mirar atravesado ó torcer las pupilas. Para evitar las corrientes de aire es necesario que no esté cerca de una chimenea, de una puerta ó de una ventana abierta.

Segun la mayor parte de los médicos que se han ocupado en la higiene de la infancia, hé aquí lo que debe practicarse acerca de tan importante materia:

Uno ó dos jergones hechos con un saco de tela lleno de sargazo, de

rante meses el niño ha vivido en medio de una temperatura de 38 grados, para pasar á la de 12 á 14 en la habitación de su madre.

Una cuna, que llena perfectamente este objeto, es la denominada *incubadora*, la cual puede conservar una temperatura determinada y constante, por medio de una corriente de agua templada que circula por un doble fondo de zinc.

Debemos mencionar ahora la mala costumbre que algunos tienen, sobre todo en el campo, de cubrir á los niños con mantas espesas, cuando es preciso que tanto éstas como las sábanas sean sumamente ligeras.

Al hablar de la cuna es natural que digamos algo referente al cuneco.

El cuneco se remonta á la antigüedad, y los romanos tenían cuneras, las cuales estaban bajo la



11 Á 13. TRAJES PARA NIÑAS.
11 y 12. Vestido con cordones visto por delante y por detras.
13. Vestido de cachemir con el delantero fruncido.



14. Cenefa estrecha.



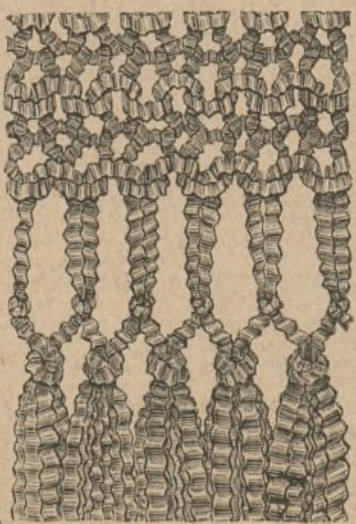
15. Vestido con cuerpo de aldeta.

avena seca y sin olor ó de hojas de helecho ó de brezo fino. Estos vegetales se secan fácilmente y tienen un olor ménos desagradable que el que producen la pluma y la lana. Se harán secar los jergones al aire, al sol ó al fuego, y se renovarán, al ménos mensualmente.

No deben usarse el tafetan engomado ni las telas enceradas que á veces se colocan sobre los jergones, y es, por el contrario, en extremo útil emplear el *fieltro absorbente*, que recoge mejor los líquidos y expone ménos la piel del niño á las escoriaciones.

La almohada será semejante al colchon.

Algunos médicos hacen colocar en las cunas botellas de agua caliente, á fin de evitar á los recién nacidos una transición demasiado brusca del calor al frio cuando abandonan el lecho materno, pues no debe olvidarse que du-



19. Fondo de punto y fleco anudado para la esclavina núm. 6.



17. Vestido con cuerpo-casaca.

18. Vestido con cuerpo de petos.



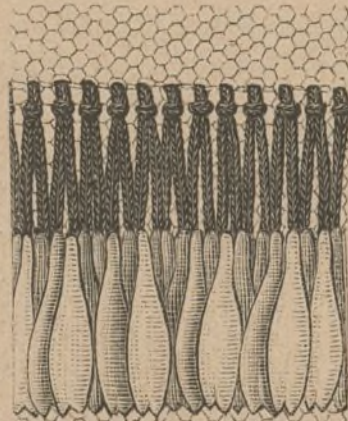
16. Vestido con puleto. (Véase el núm. 29.)

proteccion de una diosa llamada *Dea Cunaria*, que segun Gruter, tenia á su cargo todos los cuidados de la cuna y alejaba los maleficios. Hoy no existen las cuneras más que en los palacios de los reyes.

Platon ha elogiado mucho el cuneco, y ha dicho que sería conveniente que los niños estuviesen siempre en la casa como en un buque. Semejante precepto estaba fundado, sin duda, en que el hecho de un balance moderado faci-

lita el sueño á los marinos. Pero en este punto, como en otros muchos, no debemos tomar al autor de *The-don* como profesor de higiene.

Desessarts ha protestado enérgicamente contra esa costumbre que, segun él, ejerce una fatal influencia sobre el cerebro al producirse el sueño, comparable con el que experimenta una gallina al colocarle la cabeza debajo del ala, agitan-



20. Feco con bellotas doradas sobre fondo de tul para la esclavina núm. 7.

dola violentamente en sentido circular. Además, algunos autores han llegado a asegurar que el cuneo tenía por consecuencias el idiotismo y la imbecilidad.

Brouzet, no obstante, en su *Ensayo sobre la educación médica de los niños*, se muestra gran partidario del cuneo y se le atribuye la ventaja de facilitar la circulación de los fluidos. Pero tal recurso es inseguro y no es probable que la naturaleza haya contado con el cuneo para llegar a aquel resultado.

Hay quizá exageración en todas las opiniones; pero nosotros creemos que este ejercicio, si se prolonga demasiado, puede llegar a no ser inofensivo, y hacemos votos para que el cuneo, que casi ya no se practica entre las clases elevadas de la sociedad, desaparezca pronto de los campos. La higiene ganará mucho con ello, por más que pierda algo la poesía, pues, por mi parte, declaro que esas baladas y esas canciones con que las nodrizas acompañan al cuneo, tienen el don de entusiasmarse extraordinariamente.

No puedo acordarme, sin sentir una viva emoción, de una joven bretona de las cernanías de Nantes, que a consecuencia de la muerte de su hijo, había perdido la razón. La pobre madre, que no podía dar crédito a su desgracia, había colocado en la cuna vacía la última muñeca de su hija, y tres ó cuatro veces al día hacía como que le daba el pecho. Recuerdo con qué ansiedad recomendaba a todos que anduvieran de puntillas cuando entraran en el cuarto del niño, y aun tengo presentes los infinitos cuidados y las caricias que prodigaba a aquel ser imaginario, así como las lentas y monótonas melodías que brotaban del fondo de su corazón al mecer la cuna de su hijo.

Aquella situación duró un año, y como la madre que describe Víctor Hugo en una de sus obras, recobró la razón el día que sintió palpar de nuevo sus entrañas.

E. DECAISNE.

LA PALOMA DEL DILUVIO.

NOVELA ORIGINAL

de

ANGELA GRASSI

(Continuación.)

La medicina debía ser un calmante, porque la enfermita a los breves instantes se durmió.

El sol entre tanto se iba ocultando entre espléndidos arreboles, las sombras cubrían el jardín, é iban subiendo a lo largo de las paredes; pero aunque envuelto en leves sombras, el jardín estaba aún lleno de armonías. Aún revoloteaban en el aire las blancas mariposas precursoras de la primavera, aún cantaban las avejillas forjando el nido de sus amores.

La anciana contemplaba el dulce apacible cuadro con el corazón hecho pedazos.

¡Tanta calma en la naturaleza! ¡tan horrenda tempestad en su alma! Todo renacía en torno suyo, y la muerte se posaba sobre la cabeza del ángel, que constituía su única ventura.

Al pensar así, vertía acaso todas las lágrimas de su vida: porque durante su larga vida, no había conocido el amor: no había saboreado las penas y las delicias del amor....

—¡Prisca! dijo de repente D. Diego, que parecía no haber tomado parte en la anterior escena.

Prisca, ven.

Levantóse la anciana y fué a sentarse al lado de su hermano.

—¿Quién se engaña, y quiénes son los engañados? preguntó éste en voz baja, mirándola fijamente: ¿Lo sabes tú? ¿Lo sabes tú de una manera concreta, positiva, absoluta? ¿Tienes la seguridad completa de que el alma unida al cuerpo es polvo, que debe volver con él al polvo de la tierra?.... Veamos: responde: dime la verdad.

Eres honrada y leal: responde.

La frente de D. Diego estaba inundada de sudor.

—He aquí dos dedos de mi mano, prosiguió con mayor vehemencia: los ves, los tocas; puedes asegurar que existen: supón que me los hubiesen cortado; que no pudieras verlos ni tocarlos ¿podrías asegurar del mismo modo que existen, y en dónde existen?

Tú sabes positivamente que el cuerpo se convierte en podredumbre, porque está ahí, inmóvil, helado, dentro de la fosa; pero el espíritu que animaba al cuerpo ¿pue-

des decir positivamente, incontrovertiblemente, en dónde está?

Calló D. Diego aguardando ansioso la respuesta; pero la anciana sólo contestó con un suspiro.

—¿Quién se engaña y quiénes son los engañados? repuso el paráltico, absorto en su única exclusiva idea: ¿son los millares de hombres que han poblado la tierra desde los siglos de los siglos, rindiendo culto a un Sér Supremo, creyendo ciegamente en el eterno porvenir del alma, ó somos nosotros, un puñado de hombres orgullosos y devanecidos por unos cuantos inventos, debidos en gran parte a aquellos, inventos maravillosos sin duda; pero que no alcanzan a combatir el dolor, la enfermedad, la muerte?....

¿Se engañan los que prestan oídos a la voz interior que les dice: estudia, trabaja, perpetúa tus obras, porque aún cuando mañana tus huesos no puedan distinguirse de los huesos calcinados que cubren las montañas, tu espíritu, cerniéndose en las regiones superiores, gozará con los beneficios producidos por tus obras; ó los que dicen: estudia, trabaja, afana para conquistar montones de oro, que cuando tengas oro gozarás de todos los placeres, de todas las comodidades de la vida?

Esto parecería más lógico, más positivo, si a una hora dada no se presentasen sigilosos, aterradores, implacables, el dolor, la enfermedad, la muerte.

¿Y qué hacer entonces?...

Sería más lógico, si la naturaleza, madrastra en vez de madre, igualase a todas sus criaturas; si las igualase la sociedad; si no existieran esos ciegos poderes, que nosotros llamamos fortuna y desgracia: que las almas creyentes llaman: *pruebas*: *crisoles* derivados de los cielos.

Pero esas desigualdades existen; existen esos poderes misteriosos é implacables.

¿Y qué hacer entonces?

¿Qué harán los deformes, los desgraciados, los enfermos, que como yo cuentan los largos días, las largas noches, en medio de punzantes sufrimientos?

Para nosotros no hay consuelo, ni aquí, ni allá, ni en ninguna parte...

¿Por qué vivir?... ¿por qué sufrir?...

No hay más consuelo, no hay más esperanza, que aplicar a nuestras sienes la boca de una pistola, y terminar cuanto antes...

Pero ¿y si fuésemos nosotros los engañados, Prisca? ¿Si viéramos con espanto en aque la hora suprema, que el hombre no puede impedir que resuene en los espacios, pesadas nuestras buenas y malas obras, en el fiel de una eternal balanza; si tuviéramos que ir a sufrir a alguna parte, por los siglos de los siglos, los tormentos triplicados de esta mísera existencia?

Las sombras habían invadido completamente la estancia; los ojos del paráltico brillaban en la oscuridad como dos áscuas encendidas; su voz era breve, trémula, anhelante...

Doña Prisca se sintió sobrecogida de pavor.

Para sustraerse a aquella sensación extraña, se levantó y encendió la lámpara.

Pero D. Diego prosiguió:

—Prisca, ¿cuántas luces ves tú? Una: ¿no es verdad?... Una sola: lo sé: estoy seguro de ello... Pues yo veo dos... Mis ojos debilitados por la enfermedad, ven clara y distintamente dos... ¡Helas ahí, que ya se acercan, ya se separan, ya se prolongan, ya se acortan...

Si no supiese que hay una sola, moriría atestiguando que hay dos...

¿Podemos fiar en la infabilidad de nuestro entendimiento, servido por órganos tan imperfectos?...

—Calla, Diego, no me atormentes más, interrumpió la abuela con angustia.

Pero el tenaz anciano repuso:

—Porque ¿ves Prisca? a Dios se le siente, no se le comprende: es un Sér grandioso que se escapa del compás de nuestra razón; si pudiéramos medirlo con el compás de nuestra razón dejaría de ser Dios para confundirse con la criatura. Se le siente en todas partes: en los bramidos del mar, en los murmurios del bosque, en las armonías de los cielos... Es el perfume de la creación, que se aspira y no se toca, que embriaga y no se ve...

¿Qué escéptico, qué ateo, habrá dejado de sentirlo en algunas horas solemnes de su vida?...

Yo soy ingenuo, lo confieso: lo he sentido mil y mil

veces agitarse dentro de mí, conmover profundamente mis entrañas, por más que mi soberbia se haya apresurado a sofocar aquel misterioso, indeliberado sentimiento.

Este sentimiento innato, común a cuantos hombres han vivido sobre la tierra, es siempre el mismo: las opiniones humanas cambian sin cesar: tantas veces como los árboles se cubren de nuevas hojas, otras tantas se renuevan y trasforman las ideas... Lo que hoy se tiene por verdad inconcusa, se considera error mañana...

Y sin embargo, la verdad no es más que una... No es más que una, Prisca, ¿en dónde está?

Resonaron en aquel instante en la puerta dos discretos golpecillos.

—Adelante, dijo la anciana, contenta de poder sustraerse a aquella penosa conversación.

La puerta se abrió y apareció doña Prisca seguida del doctor.

El doctor era también un anciano de bondadosa y franca fisonomía.

El también había estudiado los arcanos de la ciencia, pero más dichoso que tantos otros había hallado esculpido el nombre de Dios en cada uno de los átomos de la materia.

Saludó cortesmente a los circunstantes y se acercó al lecho de la enferma.

Esperanza se había despertado y sonreía:

—¿Cómo vamos hoy, mi querida niña? preguntó el doctor tomándola el pulso.

—Bien, muy bien, dijo Esperanza. ¿Cómo puedo estar mal, si mi abuelita, si todos me tratan con tanto mimo?

Pero el rostro del doctor se había tornado sombrío, y doña Prisca, que tenía fijos los ojos en el doctor, palideció intensamente.

Esperanza los miraba a ambos; quizás comprendía su pensamiento, pero no cesó de sonreír.

Sin embargo, como la lluvia de primavera se desliza al traves de los rayos del sol, dos gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas al traves de su sonrisa.

—¿Lloras? ¿Por qué lloras? exclamó la abuela.

—No sé, dijo Esperanza, estallando, a pesar suyo, en sollozos. ¡Estoy triste! ¡No sé por qué!... ¡Era tan bella ahora la vida!

—¿Y por qué no hade ser bella en adelante? interrumpió doña Prisca. Será más bella en Elanchove, en donde podrás correr por el campo y jugar con las muchachas de la aldea.

—¡Ah, sí; ah, sí, murmuró en voz baja la niña; pero ¿y Rosario, y Benjamin y Gerardo?

—¿No iré yo contigo? ¿no irá tu padre? exclamó la anciana en son de queja.

—¡Ah, sí: repuso Esperanza, y los quiero a ustedes mucho... mucho... Pero mi padrecito me llama la Paloma del diluvio: ¿sería tan dichosa si pudiera verlos a todos reunidos en torno de mi lecho!...

—¡Cálmate, Esperanza, dijo el doctor, haciendo esfuerzos para sonreír, tu pulso corre tan acelerado como tu imaginación: es preciso saber dominarse, saber esperar: las semillas no florecen en un día; no maduran en un día los frutos de los árboles.

Entre tanto empezaremos por darte una sorpresa muy grata, que disipará esa tristeza... Veamos, ¿no me has dicho varias veces que deseabas asistir al banquete de los ángeles? Se acerca la Pascua Florida, y ya que no puedes ir todavía a visitar a Dios, él vendrá a visitarte a tí. ¿Quieres?...

—¡Oh, si esto fuera posible! exclamó la niña, cuyos ojos se iluminaron con un rayo de supremo júbilo.

—Lo será como todo lo demás que ansías, Palomita del Diluvio, atajó el doctor. ¿No es verdad, señora? añadió gravemente, dirigiéndose a doña Prisca.

Las mejillas de ésta se pusieron encendidas como la grana, y ya iba a formular una negativa, cuando Valerio, que había entrado hacía algunos momentos en la estancia, dijo con tono resuelto:

¡Sí!

Volvióse bruscamente la anciana, miró a su sobrino, y el carmin de sus mejillas se trocó en lívida palidez.

Pero Esperanza la asió de la mano, la atrajo hacia sí y la dijo en voz baja:

—Rosario había prometido acompañarme en esa ansiada fiesta de mi alma...

Perdónela V. y que venga...

—¿Perdonarla? ¿qué sabes tú? ¡Nada tengo que perdonarla! exclamó con altivez Doña Prisca.

Esperanza se puso encendida, vaciló, y por fin dijo tristemente:

—Los que están como yo todo lo oyen: todo lo presienten: lo saben todo...

—Vaya, vaya, interrumpió el doctor, no en balde llaman á Vds. á su adorada niña, la Paloma del Diluvio. Todo se hará como ella desea. Pero es preciso que sea muy juiciosa, que se tranquilice y descanse.

—¡Oh cuán bien voy á dormir! exclamó Esperanza trasportada de alegría.

—¡Así! ¡así! ¡hasta mañana!

Y despidiéndose cariñosamente de la graciosa enfermita, se dirigió á la puerta...

Siguióle Doña Prisca, y ambos se encontraron con Valerio, que habia salido de antemano y los aguardaba en la antesala.

¿Quién no tendrá en su vida el recuerdo desgarrador de una escena semejante?

Un sér querido que parte para no volver: padres, hijos ó esposos, con los ojos llenos de lágrimas, con el corazón estallando de dolor, mudos, inmóviles, helados, buscando en vano un medio de retardar, siquiera sea por algunos segundos, la separación amarga...

Doña Prisca y Valerio rodeaban al doctor, interrogándole ansiosamente, aunque sabían la respuesta de antemano: querían que la verdad no fuese verdad; querían asirse á alguna esperanza, por leve que fuese, para engañarse á sí mismos.

Pero el doctor no quiso alimentar su esperanza.

—Los hombres, dijo, somos como los israelitas, á quienes Dios ordenó que no abandonasen nunca el báculo de viaje para estar dispuestos á partir á cualquier hora...

Dos sollozos comprimidos respondieron á estas fatídicas palabras.

—¡Pronto! murmuró la abuela.

—¿Quién lo sabe, dijo el doctor; tal vez hoy, tal vez mañana, tal vez dentro de quince días...

—¡Pero no se puede hacer nada, nada? exclamó Valerio mesándose los cabellos con desesperación.

—¡Nada! repuso el doctor vivamente conmovido. Cuanto podía hacerse se ha hecho.

Ya oyeron Vds. el dictamen de la consulta.

Cuando el Padre celestial llama á alguno de sus hijos es imposible resistir á sus mandatos.

Lo único que podía recetarla era un consuelo y ya lo he hecho; ¿no sería posible acceder á su segundo deseo?

—No, dijo brevemente la abuela, eso no, eso nunca. Voy concediendo mucho; he concedido demasiado. Ya que no puedo salvarla, basta.

Y sintiéndose impotente para dominar sus tumultuosos sentimientos, entró en la estancia de la enferma.

Siguióla Valerio después de haber despedido al doctor, y fué á sentarse junto al lecho de la niña, que acababa de entregarse otra vez á su agitado sueño.

¡Desventurado padre! ¡Con qué angustioso afán contemplaba aquel angélico semblante, ya oscurecido por las sombras de la muerte!

Parecía quererle grabar indeleblemente en el fondo de su corazón: parecía querer gozar en toda su plenitud de aquel fugaz momento en que su hija todavía era suya, ántes que desapareciera para siempre en el insondable abismo de la nada.

El infeliz recordó otra noche de espantosa lucha; ¡ay! ¡entonces tenía á su lado un espíritu creyente, un espíritu fuerte que lo alentaba y sostenía!

Pero ¿qué habia hecho Rosario á doña Prisca para que la hubiese desterrado de su casa?

¡Nada! Expiar la culpa de su abuela: participar del anatema que la implacable anciana habia lanzado sobre la cabeza de su abuela.

Aquella noche en que Félix y la tía Martina habian llegado tan oportunamente para salvar á Rosario, la reclusa habia quebrantado su promesa, siguiendo á su hijo, que desde la misma estación del ferro-carril corria á buscarla, á la casa que Martina, su antigua cómplice y luego carcelera, les tenía preparada de antemano.

Teresa habia abandonado su retiro sin humillarse á doña Prisca, sin inquietarse por el consentimiento que hubiera debido otorgarle doña Prisca.

Esto constituía á los ojos de la rígida y orgullosa an-

ciana, además de un atentado contra su autoridad, una monstruosa ingratitude.

No consideraba que su obra filantrópica, como la llamaba ella misma, se habia llevado á cabo de un modo humillante y sobrado cruel: que el alma no puede pagar los dones, que no le han sido otorgados por el alma.

La reclusa, que de un modo tan imprevisto habia recobrado la libertad, que se habia hallado de repente entre los brazos de su hijo y de sus nietos, á quienes creía no volver á ver jamás, se entregó por completo, en los primeros momentos, al gozo delirante de verlos y estrecharlos.

Interrogaba á Félix sobre cada uno de los acontecimientos de su niñez, de su juventud, de su azarosa estancia en América. Quería saber minuciosamente los detalles, de cómo supo su origen, de las penalidades que tuvo que sufrir el marido de la tía Martina, para hallar y conseguir la prueba de su inocencia.

Derramaba abundantes lágrimas cuando Félix la refería, que aquel hombre generoso, habia espirado entre sus brazos al regresar á Cuba; cuando la pintaba su inmenso dolor por tan triste pérdida, y su inmenso júbilo, al hallarse sin saber cómo con el permiso de volver á España (después supo que por gestiones de Antonio y de la tía Martina), su impaciencia febril por embarcarse, pareciéndole lento el vapor y lento el ferro-carril, para su ansia de volver á abrazar á su madre y á sus hijos.

Embebida en escuchar estos relatos, en recibir y prodigar caricias, Teresa olvidó á doña Prisca.

Cuando quiso reparar su falta era ya tarde.

La anciana se negó á recibirla.

Sabía, por la declaración escrita de su hija, presentada por la tía Martina, sin necesidad de la prueba que se habia ido á buscar tan lejos, que Teresa era inocente; veía que Dios la habia perdonado su ligereza, dándole la felicidad en premio de veinte años de penitencia; pero ¡obstaba todo esto, para que su nuera hubiese sido la causa de la desgracia y de la muerte de su hijo predilecto?

No, no la perdonaría jamás, ni á ella, ni á su hijo, ni á sus nietos, la desgracia y la muerte del que constituía su orgullo y su esperanza.

A los ojos del mundo Teresa podía aparecer inocente; ante el inflexible tribunal de su conciencia era culpable de pensamiento y voluntad, y debia sufrir el castigo que su inapelable justicia se habia dignado imponerla.

Habia perdonado á Lucía y á Esperanza su origen, porque estaban á su merced, porque eran débiles, tímidas inofensivas; no podía perdonar á Teresa ni á su hijo, ni á sus nietos, que se habian atrevido á buscar la felicidad y el bienestar sin su concurso, independientemente de ella, haciendo valer un testamento, arrancado á la vacilante voluntad de un moribundo.

Doña Prisca no sentía la pérdida de la fortuna; tenía el alma demasiado elevada para inquietarse mucho por cuestiones de interés: sabía que tendria que retirarse á Elanchove y reducirse á vivir con poco, pero estaba resignada á ello.

Así, no se habia opuesto en lo más mínimo á que las cosas se arreglasen amigablemente, sin intervencion de los tribunales, á que abierto el testamento, cada cual se quedase con lo suyo; no habia siquiera pensado en negar su concurso, á que se legalizase debidamente el nacimiento de sus nietos, según ordenaba el testador.

Pero defendía su fuero, defendía la justicia del castigo que habia impuesto, y esto lo defendía con la energía, con la tenacidad propios de su carácter.

Teresa era dichosa, no sería ella quien pensase en arrebatarla su dicha, pero quería que la disfrutase lejos de su presencia.

La soberbia habia abierto un profundo abismo entre ella y aquella nueva familia, era una valla insuperable que jamás, nunca jamás consentiría en franquear, ni permitiría que ellos franqueasen.

Estaba segura, muy segura de sí misma; no habia cedido nunca desde que tenía uso de razón, tampoco cedería ahora que los años prestaban autoridad á sus ideas.

Valerio no veía las cosas del mismo modo que su abuela, pero tenía otro motivo sumamente poderoso para imitar su conducta.

Antonio, abierto el testamento, cumplida en todas sus partes la voluntad del testador, habia vuelto á Elanchove.

¿Habria ido á preparar la vivienda de su nueva esposa?

Valerio ni lo sabía ni quería saberlo.

Si antes, su casamiento con Rosario le parecia un absurdo, atendida su diferencia de edad y posición, ahora le parecia una bajeza teniendo ella igual posición y mejor fortuna.

(Continuará).

Soluciones á la charada que apareció en el número 39 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Octubre, por las señoritas Doña Agustina Caimari, de Almagro; Doña Micaela Olivan, de Pamplona; Doña Justa Ruiz, de Oviedo; Doña Sandalia Martinez, de Sevilla; Doña Carmen Fernandez, de Teruel; Doña Pilar San Juan Márquez, de Zaragoza, y Doña Filomena Pizarro, de Valladolid.

MOLINO.

CHARADA.

Eres muy *prima segunda*,
mi dulce Laura querida,
cuando te burlas de quien
te adora más que á su vida.

Yo tengo á *tercera dos*,
proclamar que por tí muero:
que para mí tu querer
vale más que el mundo entero.

Que eres la dulce *una tres*
que embellece mi existencia,
y por tí he sacrificado
honores, riqueza, ciencia.

El niño que *prima y prima*
hacia su madre no siente,
un amor, Laura adorada,
más puro, más inocente.

Vente conmigo á mi *todo*,
y dentro de un breve plazo
nos uniremos los dos
en santo divino lazo.

GERTRUDIS.

EXPLICACION DE LA MAGNIFICA LÁMINA DE CONFECCIONES

QUE SE DA DE REGALO Á LAS SEÑORAS SUSCRITORAS DE AÑO Y MEDIO AÑO.

FIG. 1.^a *Traje para niña*.—Vestido de lana con lunares. La falda, plegada, lleva al canto un volante, plegado también, montado sin cabeza, y se completa con un echarpe ceñido. Cuerpo con cuello y doble esclavina, terminado por delante y por atrás en puntas; sombrero con pluma y lazos y manguito.

FIG. 2.^a *Vestido con cuerpo levita*.—Este vestido, de suma novedad, es de lana fuerte, adornado con cenefas de madrás á cuadros. La falda está plegada, y el grabado muestra perfectamente la graciosa disposición de la túnica. El cuerpo levita es á tres costuras, ciñe del talle con cinturón, y abre en el centro de atrás, dejando ver un plegado del adorno terminado con un lazo; sombrero de terciopelo de color del vestido, rodeada la copa con una pluma rizada.

FIG. 3.^a *Vestido adornado de cenefas*.—Este traje está destinado á una señorita, y es sumamente recomendable, tanto por su graciosa disposición, como por su encantadora sencillez.

FIG. 4.^a *Vestido con túnica echarpe*.—El vestido es de veludillo inglés, color vino de Champagne. El cuerpo ofrece la novedad de tener los costadillos bullonados, formando una especie de pouf: mantilla española.

FIG. 5.^a *Traje y abrigo María Cristina*.—Este rico traje es de terciopelo liso y frapé á cuadros, adornado con ancho fleco de seda. El abrigo visita *María Cristina*, está guarnecido con profusión de encajes y pasamanería. Sombrero de terciopelo con plumas.

FIG. 6.^a *Vestido con paletot largo*.—El vestido es de felpa, adornado con ancha cenefa de terciopelo frapé. La túnica echarpe, lisa atrás y en el costado derecho, y graciosamente recogida, se completa en el izquierdo con dos puntas superpuestas, orilladas por la misma cenefa que adorna la falda y el cuerpo paletot. Sombrero de felpa del mismo color del vestido, adornado con encajes blancos.

FIG. 7.^a *Vestido y abrigo moscovita*.—Falda de raso negro. El abrigo *moscovita* es de terciopelo negro, forrado y entretejido á cuadros de raso blanco; puede también ser azul ó rosa. Su forma es muy sencilla: lleva una especie de canesú fruncido, y cerrado con un lazo, igual al que adorna las mangas. Sombrero adornado de lazos y plumas.

FIG. 8.^a *Vestido adornado de flecos*.—El vestido es de cachemir liso y madrás á cuadros. El grabado muestra perfectamente la disposición de la falda, ceñida por delante y recogida en pouf por atrás, como asimismo del cuerpo con plastrón liso plegado, y escote canesú, terminado por el mismo fleco que guarnece la falda. El sombrero puesto muy atrás, casi desaparece debajo de las plumas salpicadas de estrellas de oro.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1.430.

FIG. 1.^a Elegante traje de mañana. Matinée.—El modelo es de cachemir, pero puede hacerse igualmente de lana de color claro, ó de foulard con lunares ó de foulard liso



22. Sombrero Restauracion. (Véase el núm. 23.)

del color que se quiera, llevando de todos modos el mismo adorno de encajes. La falda está orillada con un volante plissé y ruches de encaje que puede substituirse con un bordado en blanco. Manga ancha, ligeramente fruncida por encima del volante y adornada con un lazo. Prendido de foulard y encaje.

FIG. 2.^a Este lindo vestido puede hacerse en toda clase de tejido, liso ó con dibujo.

La falda lleva dos plisés de 10 cents. cada



21. Sombrero Longueville.



25. Fcharpe de malla.

uno; la túnica, ligeramente fruncida en la costura del costado, abre hasta la mitad de su altura en el centro de delante, para dejar ver la falda. Cuerpo de peto por delante y de frac por detras. El adorno plissé cubre la aldeta del frac, se divide en la cintura y sube á formar ti-



24. Sombrero Toison.

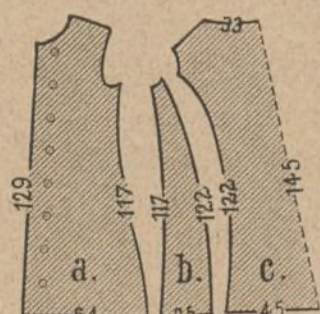
rantes en la espalda, y solapas chal por delante. Cuello de puntas y carteras de mangas iguales. Si el vestido es de dos telas, el adorno es de la tela lisa, como la falda; si es todo de una tela, el guarnecido puede ponerse de seda de un color que haga juego.



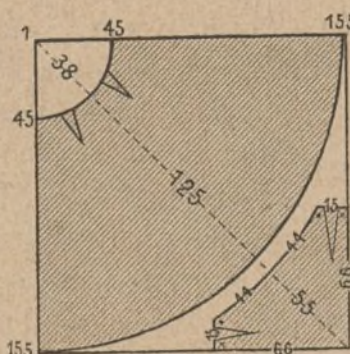
26. Abrigo para salidas de mañana y días de lluvia. (Véase el croquis núm. 27.)



23. Sombrero Restauracion (Véase el núm. 22.)



27. Croquis del abrigo núm. 26.



28. Croquis del abrigo talma.



29. Vestido con paletot visto por delante. (Véase el núm. 13.)

Las Sras. Suscriptoras a la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edición recibirán el FIGURIN ILUSTRADO 1430, las de 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de dibujos, y las de año y medio año la LAMINA DE CONFECCIONES que se les da de REGALO.